

«Los ciegos ven,
los cojos andan»

Adentrarse
en los milagros de Jesús

Rodolf Puigdollers



Enfants 84

La colección Emaús ofrece libros de lectura asequible para ayudar a vivir el camino cristiano en el momento actual.

Por eso lleva el nombre de aquella aldea hacia la que se dirigían dos discípulos desesperanzados cuando se encontraron con Jesús, que se puso a caminar junto a ellos, y les hizo entender y vivir la novedad de su Evangelio.

Rodolf Puigdollers

«Los ciegos ven,
los cojos andan»

Adentrarse en los milagros de Jesús

Colección Emaús 81
Centre de Pastoral Litúrgica



CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA

Rivadeneira 6,7. 08002 Barcelona

No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento sin la autorización escrita de la editorial.

Ilustración de la cubierta: Montserrat Cabo

Primera edición: enero de 2009

ISBN: 978-84-9805-325-8

D.L.: B -7.615-2009

Imp.: Multitext, S.L.

Índice

Prólogo. Por Josep M. Rovira Bellosó	7
Introducción	13

Primera parte: ¿Jesús hace milagros?

1. «Hechos sorprendentes»	17
2. «Si Cristo no ha resucitado...»	20
3. «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo»	22

Segunda parte: «Pasó haciendo el bien»

1. Exorciza a los malos espíritus	25
2. Levanta a los que yacen con fiebre	28
3. Purifica a los leprosos	30
4. Cura a los paralíticos	32
5. Extiende la mano seca.....	34
6. Da la vista a los ciegos	36
7. Hace oír a los sordos.....	38
8. Resucita a los muertos	40
9. Calma la tempestad	42
10. Da de comer a los que tienen hambre	44
11. Camina sobre el mar	46
12. Convierte el agua en vino	48

Tercera parte: Los tres grandes relatos catequéticos

1. El agua que brota (Jn 4,5-42)	51
2. La luz que resplandece (Jn 9,1-41)	54
3. El don de la vida (Jn 11,1-45).....	56

Cuarta parte: Jesús resucitado habla y actúa

1. «No tengáis miedo» (Mt 28,10).....	59
2. «¿Por qué lloras?, ¿a quién buscas?» (Jn 20,15)	60
3. «Paz a vosotros» (Lc 24,36; Jn 20,19.21.26) ..	61
4. «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20,21b).....	62
5. «Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20,22)	63
6. «Venid a comer» (Jn 21,12)	64
7. «Sígueme» (Jn 21,19b)	65
8. «Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15)	66
9. «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28,20b)	67

Quinta parte: «¿Qué quieres que haga por ti?»

1. «Señor, ten piedad de mí»	69
2. «Señor, que vea»	70
3. «Creo, pero ayúdame a tener más fe».....	71

Anexo. Los relatos de milagros en los evangelios...	73
--	----

Bibliografía	75
---------------------------	----

Prólogo

Hace muchos años que conozco a Rodolf Puigdollers Noblom. Conocí a sus abuelos y a su querida madre antes de la guerra civil española. Pero fue por los años setenta, en la *Facultat de Teologia de Catalunya*, cuando tuve ocasión de colaborar con él en el campo de la teología: Rodolfo, sacerdote, escolapio y erudito, me pidió que dirigiese su tesis doctoral sobre el significado de «Gracia y Verdad» en el prólogo del Evangelio de Juan.

Tuve una gran suerte que Puigdollers me pidiese algo que significaba para mí una dedicación nueva en el mundo de san Juan. Una gran suerte, porque este hecho fue un aliciente decisivo de cara a mi renovada afición a san Juan, hasta el punto que, de una forma creciente, su lectura es para mí luz en la mente y calor en el corazón. Pasó este episodio fecundo y finalmente la tesis de Puigdollers, defendida en la Facultad de Teología de Cataluña fue publicada en sus partes más esenciales en una revista especializada de los Padres escolapios: *Analecta Calasanctiana*.

Evocado sobriamente el pasado, podemos volver al tiempo presente. Hace pocos días bordeando Granollers, pasé cerca de la Torreta, nombre con el que es conocido el barrio donde se encuentra situada la parroquia de Santa María del Jaire, palabra de alegre salutación, con la que el Ángel empezó el Anuncio a María. El párroco de la Torreta es el P. Rodolf Puigdollers. El erudito investigador aparece

ahora doblado de pastor y de catequeta. Sí, Rodolf es un buen catequista. No es que esconda todo lo que sabe para hacerse asequible, sino que, todo aquello que guarda en la mente y en el corazón, lo sabe narrar de forma sencilla y cordial: esto es lo que hace con el presente libro. Los milagros de Jesús son narrados en clave de *Buena Noticia*, porque pertenecen realmente al conjunto de la Buena Noticia que es el evangelio.

En el fondo, mi sentir coincide plenamente con la postura de Rodolf Puigdollers. Para mí, Jesús es la buena noticia, el epicentro de los verdaderos milagros y de los que yo llamo milagros de pequeño voltaje que la Providencia depara a todos los que en Dios confían y aman (ver Romanos 8,28). Jesús es la buena noticia que ha venido al mundo para sanar la totalidad de la persona de los hombres y las mujeres debilitados por el dolor del mundo, por los achaques de la vida. La Buena Noticia no es solo una información a nuestro intelecto. Es el regalo del Espíritu de Jesús y del Padre que llega a nuestras personas y las transforma como un inicio del Reinado de Dios en nosotros y entre nosotros.

Este regalo lo recibe la persona –hombre y mujer– y no es imposible que el soplo del Espíritu que eleva e ilumina la parte espiritual de los seres humanos, llegue hasta curar alguna vez, milagrosamente, los cuerpos débiles –*infirmi*–, poco firmes, de estos hombres y mujeres. Pienso que esto es posible porque hay una continuidad entre nuestra parte espiritual y la corporal: Hay una unidad profunda *psicosomática*. Entonces el Reino de Dios ha tomado posesión de aquella persona y hasta de aquella zona o comunidad.

Así interpretaba yo los milagros de Jesús: como signos de que el reino de Dios había llegado al fondo de las personas humanas, desde el centro de vida divina para los hombres que es Jesús. ¿No es equivalente esto a interpretar los milagros como parte integrante de la Buena Noticia del Evangelio, que es lo que hace Puigdollers?

Un gran acierto de este libro es su pedagogía. Tres partes, que las podría calificar de contemplativas, más que «teóricas», presentan los milagros como integrantes de la Buena Noticia (primera parte); como dimanantes todos ellos del gran milagro, que es Jesucristo glorioso, resucitado de entre los muertos (en una segunda parte, se narran todos los milagros de Jesús); y finalmente, se llega a la cima con tres relatos catequéticos sobre el agua de la vida –el Espíritu dado a la samaritana–, la Luz dada al ciego de nacimiento, y el don de la vida dado nuevamente a Lázaro. Se puede decir que, en esta tercera parte, la pedagogía de Puigdollers es la pedagogía de la Iglesia, porque las tres piezas catequéticas forman parte de los evangelios de los domingos cuaresmales, concretamente en el ciclo A.

Querría señalar, además, un par de aciertos muy notables, derivados los dos del hecho de que las tres primeras partes, más expositivas, van seguidas de dos partes muy prácticas. Los dos aciertos hacen referencia a la oración que los lectores podrán iniciar a partir de la lectura (privada o en grupo) de este trabajo sobre los milagros de Jesús que, en realidad, es un excelente material de cara a la *lectio divina*, es decir, a la oración con la Escritura. El primer acierto –lo encontraréis en la cuarta parte– es todo lo que Cristo nos da a partir de los relatos evangélicos de curaciones y otros milagros. Al proclamar o meditar estos evangelios de curaciones, Cristo nos quita el miedo, nos hace discernir qué buscamos realmente en la vida y cómo le hemos de buscar a él; nos da la paz y la misericordia que son formas básicas del ser y del actuar cristiano; nos da el Espíritu Santo que nos eleva y transfigura con los dones y los frutos; nos da la misión en el mundo («como el Padre me ha enviado, así yo os envío a vosotros»); nos da, por tanto, el seguimiento de Cristo, la capacidad de extender la Buena Noticia. ¿No es verdad que todo esto o bien es fronterizo al milagro o bien entra plenamente en el campo del milagro? Normalmente es la forma que el milagro –que forma parte de la Buena Noticia de Cristo– entra en nuestra vida y forma parte de nuestro estilo cristiano. Como me decía un amigo: no

nos damos cuenta que el primer y más grande milagro es la donación del Espíritu Santo que Cristo glorioso nos ofrece y nos regala.

El segundo acierto es que Rodolf Puigdollers nos hace ver que Cristo en realidad nos cura de muchas «enfermedades», algunas de las cuales están en la frontera que une nuestra parte espiritual y la corporal. La parte quinta del libro muestra que los dones de Jesús, presididos siempre por el don del Espíritu, nos curan de muchas llagas y males del corazón o del alma, las cuales no dejan de tener repercusión en nuestra dimensión corporal: los dones de Cristo continúan también entre nosotros que nos convertimos así en contemporáneos suyos.

Cristo nos pregunta en esta quinta parte: «¿Qué quieres que haga por ti?». El Autor del libro le responde de estas tres formas: 1) «Ten piedad de mí», como en la célebre oración de Jesús: «Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador». 2) «Que vea»: que vea claro cómo he de navegar en la vida, cuáles son los signos de los tiempos, etc. 3) «Que tenga fe», una fe viva que actúa por el amor de Jesús, y mío, a los demás.

En realidad, a la pregunta que nos dirige Jesús, podríamos responder muchas más cosas. Por ejemplo: «Que tenga serenidad y acierto en las palabras». O bien: «Que me quites el nerviosismo que molesta a los demás: que haga realmente aquello que estoy haciendo, convencido que es voluntad tuya y obra responsable mía». Y aún: «Que me quites el bloqueo que me impide pasar a la acción del amor fraterno; que sepa pasar del buen deseo de ayuda a la acción real de compartir, de ayudar, de anunciar explícitamente la alegría de Jesús vivo»... Así añadiríamos una serie de páginas a *Los ciegos ven* y el libro aún sería más de todos.

Hemos visto un par de cosas prácticas en las dos últimas partes del libro. Pero las tres primeras, más contemplativas, son el fundamento y el camino que nos ha de conducir a

la vida práctica: a la oración con Cristo y por los demás, y a la acción que de alguna manera también cura como la de Jesús. Porque en la vida, desgraciadamente, podemos hacer daño a los demás; pero, afortunadamente, también podemos emanar paz y sanidad alrededor nuestro.

No hace falta decir que este libro se añade a la corriente de literatura que intenta hacer conocer a Jesucristo. Creo que el libro de Puigdollers lo intenta y lo consigue.

Josep M. Rovira Belloso

Introducción

Los relatos de milagros que encontramos en los evangelios pueden ser leídos de muchas maneras. El interés actual por los datos históricos genuinos tiende a fijarse en ellos con el intento de descubrir los posibles hechos que dieron origen a estos relatos, más que escucharlos como relatos evangélicos en tanto que Buena Noticia de Jesús, transmitida por las comunidades apostólicas.

El creyente, una vez admitida la historicidad de la figura de Jesús, de su mensaje y de su muerte en la cruz, y una vez proclamada su fe en Jesucristo resucitado, ha de poder leer con toda serenidad y devoción estos relatos sobre Jesús Salvador, de tal manera que el lector pueda al final del texto proclamar: *Palabra del Señor*.

Desde el punto de vista histórico es evidente que la imagen de Jesús como obrador de hechos prodigiosos es muy antigua. El núcleo del evangelio de Marcos –el más antiguo de los cuatro evangelios canónicos– puede considerarse anterior al año 50. Los textos de autores judíos también testifican esta fama, pero no sabemos si dependen exclusivamente de aquello que se decía de Jesús en círculos cristianos o se pueden considerar una fuente independiente. Sea como sea, la mayor parte de historiadores actuales consideran que «Jesús actuó y fue considerado como exorcista y sanador durante su ministerio público» (J.P. Meier), a pesar de que les resulte difícil determinar concretamente los hechos primitivos y consideren muchas veces que ciertos tipos de milagros son más bien ampliaciones catequéticas de las comunidades primitivas.

Estos exorcismos y curaciones son presentados –según algunos, por Jesús mismo– como «signos efectivos de la *presencia* liberadora del Reino de Dios» (S. Vidal), tal como indican las frases de Jesús en el evangelio: «Si yo echo los demonios con el Espíritu de Dios, señal que el reinado de Dios os ha dado alcance» (Mt 12,28; Lc 11,20); o «los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el Evangelio» (Mt 11,5; Lc 7,22). Los milagros de Jesús son entonces el «clamor del Reino» (J.I. González Faus), a partir de la persona misma de Jesús. De tal manera que «la persona del Jesús histórico es ya en sí misma una presencia escondida y revelada de la gloria del Dios invisible. La presencia de la palabra de Dios hecha hombre es ya *el* milagro del que dimanan los milagros de exorcismos, de curación y resurrección, de donación, y hasta los demás milagros sobre la naturaleza» (J.M. Rovira Belloso). De esta manera, «el Reino [de Dios] llega acompañado de signos eficaces y extraordinarios de compasión y de perdón, de misericordia y de esperanza, que transforman las expectativas de la gente y dan visibilidad a la presencia compasiva de Dios en la actividad sanadora de Jesús» (A. Puig). Resplandece así en este mundo, de forma delicadamente sorprendente y amorosa, el anuncio y la llegada del *cielo nuevo y la tierra nueva*.

Los relatos de milagros, en sí mismos, no son ni la muestra de que la tradición evangélica es la mitificación de un condenado a muerte, ni la demostración de la divinidad de Jesús. Son, simple y llanamente, la expresión narrativa de la Buena Noticia de Jesús, transmitida por las comunidades apostólicas, el anuncio de la obra del Cristo resucitado y el fruto de la acción de Jesús en su predicación del Reino de Dios por toda Galilea. Los relatos de milagros son anuncio del Evangelio. «En su origen las perícopas evangélicas eran pautas de predicación, textos muy densos y condensados que debían explicarse y desarrollarse en el seno de la celebración eucarística» (J. Rius-Camps).

Los relatos de milagros, por tanto, no han de ser un problema, sino una Buena Noticia concreta, directa y palpable.

Solo tienen sentido evangélico si los escuchamos, no como obras de un superhéroe, sino como acción de aquel que, muerto y resucitado, es fuente de vida para todos los que creen en él. «En los relatos de milagros, por tanto, habrá que ver, ante todo, su intención significativa y su género literario» (R. Aguirre).

Los evangelios no contienen unos milagros, propiamente, sino unos *relatos de milagros*. Estos relatos están escritos y presentados a la comunidad cristiana como *evangelio*, como anuncio catequético de la presencia salvadora de Jesucristo. Hacen referencia a Jesús de Nazaret en su acción de predicación del reino de Dios por Galilea, en su muerte en la cruz y en su resurrección. Más que mirarlos como material para reconstruir la biografía del llamado *Jesús histórico*, es más adecuado escucharlos como evangelio, como anuncio de la obra salvadora de Jesucristo resucitado en el hoy y aquí de la comunidad cristiana.

La perspectiva del creyente, cuando escucha la Palabra de Dios, es su apertura a Cristo resucitado que habla y actúa, haciendo participante a todos de su Espíritu Santo. Es desde esta perspectiva que este libro intenta aproximarse a los relatos de milagros de los evangelios, que son proclamados como Buena Noticia.

En una primera parte (*¿Jesús hace milagros?*) el lector es invitado a situarse catequéticamente desde la perspectiva del resucitado para acoger los relatos de milagros. En la segunda («*Pasó haciendo el bien*») hay una descripción de los diversos tipos de relatos, de tal manera que el encuentro salvador se ve desde diferentes lenguajes. En la tercera (*Los grandes relatos catequéticos*), se reflexiona sobre los tres grandes relatos catequéticos que constituyen la lectura evangélica de los domingos nucleares de la Cuaresma cuando hay personas que se preparan para ser iniciadas en el misterio cristiano. En la cuarta (*Jesús resucitado habla y actúa*), se medita sobre las obras de Cristo resucitado en el creyente, a partir de las palabras de Cristo que se aparece a sus discípulos. Finalmente, en la quinta («*¿Qué quieres que*

haga por ti?»), la respuesta del creyente a Cristo resucitado –hecho presente en los relatos evangélicos de milagros– se convierte en oración. En un anexo están recogidas las citas de los diversos relatos de milagros que se encuentran en los evangelios. Una bibliografía indica algunos de los libros que hablan del tema y permite la identificación de las citas de autores indicadas en esta introducción.

Quiero agradecer a Mn. Josep M. Rovira Bellosó su prólogo lleno de sabiduría evangélica y de amor, como es siempre su persona y sus escritos; así como a todos aquellos que con su testimonio y su generosidad me permiten contemplar en el día a día los pequeños o grandes milagros de la obra del Espíritu.

Rodolf Puigdollers Noblom

¿Jesús hace milagros?

1. «Hechos sorprendentes»

En los evangelios nos encontramos con una treintena de relatos de milagros de Jesús, curaciones de paralíticos, ciegos, sordos, purificaciones de leprosos, expulsiones de espíritus impuros, resurrecciones de muertos y hechos sorprendentes, como la multiplicación de los panes, la conversión del agua en vino, el caminar sobre el mar o una pesca milagrosa y una tempestad calmada.

Por esto no nos ha de extrañar que, en el evangelio de Lucas, Jesús mismo diga en un mensaje dirigido a Herodes Antipas, tetrarca de Galilea: «Hoy y mañana seguiré curando y echando demonios; pasado mañana llego a mi término». ^{Lc 13,32} Y que los discípulos de Emaús hablen de Jesús como «un profeta poderoso en obras y palabras». ^{Lc 24,19} De forma semejante, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, Pedro habla de Jesús de Nazaret como aquel que, ungido por el Espíritu Santo, «pasó haciendo el bien y curando los oprimidos por el diablo». ^{Ac 10,38}

Estas descripciones de Jesús recuerdan las palabras que utiliza el historiador judío Flavio Josefo, del segundo tercio del siglo I, según el texto que se nos ha transmitido. Habla de Jesús, llamado el Mesías, como de un hombre «que realizó hechos sorprendentes y fue maestro de personas que aman la verdad». ^{Ant 18,63} Es la contraposición a las acusaciones del Talmud, según el cual Jesús «practicaba la magia, sedujo a Israel y lo perdió». ^{Sanh 43a}

De todas maneras, nos damos cuenta en seguida que los evangelios contienen también una profunda reflexión

sobre estos relatos, que el evangelio de Juan llama *señales* (signos) u *obras*. Este evangelio contiene sólo siete relatos de milagros, pero ningún relato de exorcismo. Y acaba diciendo que «muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre». ^{Jn 20,30-31} Esto nos muestra que la preocupación fundamental del evangelista es hacernos participantes de la fe en Jesucristo, mostrarnos lo que Jesús de Nazaret es realmente, en profundidad. Para esta finalidad no valdría una simple enumeración de anécdotas de la vida de Jesús. Piensa, por ejemplo, lo que hace el arte sacro: representa a Jesús –con barba o sin barba, con un rostro favorecido o con unas facciones rudas– y acostumbra a poner alrededor de su cabeza una corona luminosa, acompañada a veces de una cruz. De esta forma de todas las figuras de una pintura mural, de un icono, de la tabla de un retablo o de un cuadro, sabemos en seguida identificar quién es Jesús: ¡aquel que lleva la corona, porque es el Hijo de Dios!

Permíteme que te haga una pequeña broma. Imagínate que se hiciese un descubrimiento sensacional: una fotografía de principios del siglo primero con todos los niños de la clase de la escuela de Nazaret. Se habría encontrado una fotografía auténtica con el rostro de Jesús, pero habría un problema insoluble: no habría forma de identificar entre todos aquellos niños quién es Jesús. Porque Jesús, cuando se levantaba, ¡no se ponía la corona!

Las realidades más profundas no se ven en las fotografías, ni en las radiografías. Que Jesús es el Hijo de Dios, que la fe en él es fuente de vida, es la experiencia de la comunidad cristiana, es el anuncio mismo de la Buena Noticia. Esto quiere decir que, por encima de lo que puedas pensar sobre quienes son algunos hechos concretos de la vida de Jesús, lo más importante es la realidad de su persona, el sentido profundo de su muerte, su mensaje, su proximidad, su amor, su resurrección, su presencia activa en medio de nosotros, en tu corazón, en nuestro mundo.

Estos relatos sorprendentes algunos los consideran la manifestación de la omnipotencia de Dios; se trata de milagros, hechos admirables en el sentido más profundo de la palabra. Otros, en cambio, los consideran leyendas, es decir, invenciones que han ido naciendo de la veneración o de la admiración del personaje. Otros los consideran hechos sorprendentes, pero fruto de la casualidad, del engaño o de causas naturales. Otros, relatos catequéticos a partir de gestos curativos y liberadores, de difícil concreción. Como se trata de relatos evangélicos, no podemos explicarlos eliminando la realidad misma del texto, su mensaje. No son relatos de un libro de historia, de un periódico o de un telediario, sino relatos que son Buena Noticia. El evangelista proclama el relato como transmisor de una Buena Noticia de salvación. Es toda una invitación a la comunidad creyente, que le escucha, a entrar en comunión con Jesús, fuente de salvación.

Recuerda el inicio de la primera carta de san Juan: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos (...) os lo anunciamos, para que estéis unidos con nosotros en esa unión que tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo». ^{1Jn 1,1.3} No seas tan prosaico de pensar que aquello que ha visto el apóstol, aquello que ha contemplado y aquello que ha tocado con las manos es la simple superficialidad. Se trata de la experiencia profunda de la fe. Recuerda que, en medio de la comunidad cristiana, la lectura del evangelio acaba siempre con la proclamación: *Palabra del Señor*, que pide la respuesta de fe: *Gloria a ti, Señor Jesús*.

Estos relatos evangélicos, pues, están manifestando la palabra salvadora de Jesús, están haciendo presente al Señor. Recuerda siempre: «Cuando se leen en la Iglesia las Sagradas Escrituras, es Dios mismo quien habla a su pueblo, y Cristo, presente en su palabra, quien anuncia la Buena Noticia». ^{IGMR, 29 (3ª ed.)} Lo importante, cuando lees el evangelio, es escuchar a Cristo, que te habla, encontrarte con él.

2. «Si Cristo no ha resucitado...»

Mira qué afirmación más clara hace san Pablo, cuando escribe a los corintios: «Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación carece de sentido y vuestra fe lo mismo». ^{1Co 15,14} La vivencia de la fe empieza cuando el creyente se adentra en la realidad de Cristo muerto y resucitado. Cristo vencedor de la muerte, Cristo luz que ilumina, Cristo presente en medio de nosotros, convertido en fuente de vida.

Esto queda expresado en la proclamación de la noche de Pascua: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado». ^{Lc 24,5-6} Es el estallido del aléluya, está vivo, ¡hemos visto al Señor!

¿Cómo quieres anunciar esta vivencia, cómo quieres poner por escrito esta realidad? Todas las palabras quedan cortas, todas las formas de expresión, pequeñas. Ni la fotografía es suficiente, ni basta con una simple narración. Fíjate en la confesión íntima de san Pablo: «Se dignó revelar a su Hijo en mí»; ^{Ga 1,16} pues, esta experiencia se convierte, en los Hechos de los Apóstoles, en este precioso relato: «En el viaje, cerca ya de Damasco, de repente, una luz celeste lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”» ^{Ac 9,3-4}

Si no hay fe en la resurrección de Jesucristo, si no contemplas a Jesús como el Hijo de Dios, entonces es inútil leer los relatos de los hechos admirables de Jesús. Déjalos, no los entenderás. O lo que es peor, los entenderás al revés.

Recuerda lo que Jesús respondió cuando los fariseos,

para ponerlo a prueba, le piden una señal del cielo. La respuesta en el evangelio de Marcos es taxativa: «No se le dará un signo a esta generación». ^{Mc 8,12} En el evangelio de Mateo se explicita: «Signo no se le dará excepto el signo de Jonás»; ^{Mt 16,4} «tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra». ^{Mt 12,40} La verdadera señal, la luz que ilumina los corazones, aquello que ha de ser escuchado, aquello que ha de ser contemplado y palpado, es la resurrección de Jesucristo. Si no hay fe en Cristo resucitado, la proclamación del evangelio está vacía, y sin sentido la admiración del que escucha. El evangelio de Lucas lo sintetiza de esta forma: «Como Jonás fue un signo para los habitantes de Nínive, lo mismo será el Hijo del hombre para esta generación». ^{Lc 11,30}

Jesucristo es la señal, la fuente luminosa. No hace falta que busques más señales, porque no te será dada ninguna otra señal. O, dicho de otra manera, en todos los relatos evangélicos no busques la materialidad de los milagros, busca sólo la señal que es Jesucristo mismo, Jesucristo resucitado, que te habla y te da vida. Entonces sí que resplandecerán para ti y comprenderás que han sido escritos para que creas que Jesús es el Hijo de Dios y, creyendo, tengas vida en él.